

Medios para crecer en santidad

Heb. 12:14

Luego de haber comprendido que sin santidad real nadie tendrá la dicha de ver a Dios en la eternidad, es posible que algunos de ustedes estén preguntándose: ¿Cómo hago para crecer en santidad? ¿Qué se puede hacer para buscarla y acrecentarla? ¿Cómo puedo vencer el pecado en mi vida? Esta es una inquietud del corazón regenerado cuando ha sido movido por la Palabra de Dios. De manera que ahora nos concentraremos en algunas recomendaciones bíblicas para acrecentar nuestra santidad.

Primero, concentrémonos en seis cosas que debemos evitar, seis cosas de las cuales debemos huir como aquel que escapa de una serpiente venenosa o como el que rehúsa tomar un alimento del cual tiene conocimiento está envenenado.

1. En primer lugar, evitemos confundirnos con algunos pasajes bíblicos que nos hablan sobre el arrepentimiento (Ez. 14:6; 18:30-32 y 33:11, 14, 16, 19), pues, muchos corazones impíos toman estos pasajes para llegar a la conclusión de que ellos pueden arrepentirse cuando les plazca; o que ellos pueden aplazar su arrepentimiento hasta el último momento de su vida. Estos impíos se engañan a sí mismos pensando que más adelante podrán abandonar ciertos pecados.

Para evitar este error tengamos en cuenta lo siguiente:

a. Si usted puede convertir a una persona de piel negra en blanca, entonces usted podrá arrepentirse mientras peca con placer. Si usted puede resucitar a un muerto a su antojo, entonces podrá arrepentirse cuando usted quiera. Si puede detener el sol cuando usted quiera, entonces podrá arrepentirse cuando usted lo desee. Escuchemos lo que dice la Palabra de Dios: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer el mal? (Jer. 13:23). Nunca nos debemos engañar cuando somos tentados a pecar, pensando que luego nos vamos a arrepentir, pues, nosotros no podemos generar el arrepentimiento, porque esta es obra de Dios: “...conviérteme y seré convertido” (Jer. 31:18); “Vuélvenos, oh Jehová a ti y nos volveremos” (Lam. 5:21); “Que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad” (2 Tim. 2:25).

Si el arrepentimiento consistiera solamente en inclinar la cabeza como un junco, o vestirse con telas rústicas y acostarse sobre cenizas, o hacer varios días de ayuno; entonces, una persona podría arrepentirse cuando quisiera. Si el arrepentimiento consistiera solamente en decir, como Judas dijo cuándo se dio cuenta de lo que había pasado con Cristo: “*He pecado*”; o como dijo Simón el Mago cuando fue confrontado por Pedro: “*Ruega al Señor por mí*”; entonces una persona podría arrepentirse cuando quisiera hacerlo; o si el arrepentimiento consistiera solamente en temblar y espantarse ante los juicios de Palabra de Dios, como sucedió con Félix cuando escuchó a Pablo disertar sobre el dominio propio y el juicio final, entonces sería muy fácil arrepentirse. Pero no es así, el arrepentimiento real es una de las cosas más duras y difíciles en el mundo.

b. El verdadero arrepentimiento implica que el corazón de piedra es convertido en un corazón de carne, que la oscuridad se convierte en luz, que se pasa del infierno al cielo; entonces ¿será tan fácil el arrepentimiento? Arrepentirse es hacer todo limpio – limpio por dentro y limpio por fuera. Arrepentirse es hacer la cabeza limpia y el corazón puro, limpio los labios, y limpia la vida; entonces, ¿será tan fácil arrepentirse? (Ez. 36:25-26; Hch. 26:8; Ez. 16:61-63; 29:43; 2 Cor. 7:10-11). Todos estos pasajes nos muestran que el verdadero arrepentimiento incluye un verdadero sentido del pecado, un profundo dolor por el pecado, una aversión hacia el pecado, una vergüenza y santo rubor por el pecado ¿será esto tan fácil?

Arrepentirse es detestarse asimismo por su pecado, ¿será tan fácil hacer esto cuando el hombre es un amante y gran admirador de sí mismo? Arrepentirse es negarse a sí mismo e ir en contra de muchas cosas que ama ¿será tan fácil? Arrepentirse es sacarse el ojo derecho y cortar la mano derecha ¿Será tan fácil? El verdadero arrepentimiento es un giro diario del alma alejándose más y más del pecado, y acercándose más y más a Dios. Es un arrepentimiento del que no hay que arrepentirse, es un arrepentimiento del pecado, y es también un arrepentimiento por el pecado. El pecado ha puesto en el alma un alejamiento de Dios. Entonces ¿Será tan fácil dar la espalda al pecado y volver el rostro hacia Dios? Seguro que no. El verdadero arrepentimiento consiste en un diario morir al pecado. La vida de arrepentimiento es el arrepentimiento de la vida.

c. El arrepentimiento verdadero es dar un giro, no de un pecado, sino de todo pecado: *“Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones...”* (Ez. 18:30). Todo pecado es violación de la ley de Dios, es un atentado contra el honor y la gloria de Dios; por lo tanto, el penitente debe arrepentirse de todas sus maldades.

Cada pecado causa aflicción al Espíritu Santo, por lo tanto, el penitente debe crucificarlos a todos: *“Más el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá... Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo”* (Ez. 18:21, 31).

En la ley ceremonial la persona que tenía una mancha de lepra era considerada leprosa, así el resto de su cuerpo estuviera saludable (Lev. 13). De la misma manera sucede con aquel que tiene un solo punto, un solo pecado que no se esfuerza por lavar en la sangre de Cristo, y en las lágrimas del verdadero arrepentimiento, el tal es un leproso delante de Dios.

Todo pecado es enemigo de la paz espiritual, rompe la comunión entre Dios y el hombre; por lo tanto es necesario renunciar a todos ellos. Si usted es salvo, debe arrepentirse de todos sus Acanes, así como de sus Absalons. Usted debe arrepentirse de todos sus Rimons así como de sus Mamons. Usted debe arrepentirse de sus pecados secretos así como de sus pecados abiertos. Usted debe arrepentirse de sus pecados amados así como de aquellos que detesta. Usted debe arrepentirse de sus pecados bebés así como de los gigantes.

Si su arrepentimiento no incluye todos los pecados, nunca será eficaz. Si un barco tiene tres fugas y sólo dos logran ser reparadas, ciertamente el barco se hundirá. Si un hombre tiene dos enfermedades mortales, y el médico trata solamente con una enfermedad, sin duda morirá por el avance de la otra.

Herodes se apartó de muchos pecados, pero no de su Dalila, de su Herodías, quien fue su ruina. Judas era un diablo vestido de ángel, parecía apartado de todos los pecados, pero era un ladrón secreto, se enamoró de la bolsa del dinero, y esa codicia lo llevó al ahorcamiento.

d. Si el arrepentimiento es algo tan fácil de alcanzar, entonces, ¿Por qué muchos hombres, cuando se encuentran en los terrores terribles de su conciencia, sin paz en sus corazones, y llenos de desesperanza y angustia, no pueden arrepentirse? Hemos sabido de muchas

personas que estando en los últimos momentos de su vida, próximos a la muerte, con la conciencia de que el infierno está acercándose a ellos, que el demonio los está esperando para ser su compañero en la eternidad; gritan desesperados: ¡Estoy condenado! ¡Estoy condenado! Si el arrepentimiento fuera tan fácil de alcanzar ¿Por qué para estas almas condenadas no es fácil arrepentirse presintiendo que les espera una eterna condenación?

¿A cuántas personas se les ha presionado para que procedan al arrepentimiento y sólo han podido declarar que no pueden arrepentirse? ¿Cuántos han tratado de arrepentirse con lágrimas, y habrían estado dispuestos a dar su sangre por tener el verdadero arrepentimiento y no lo consiguieron? Preguntémosnos: ¿Es bueno ser condenado? ¿Es bueno ir al infierno? ¿Es bueno vivir en medio de un fuego devorador y en las llamas eternas? ¿Es bueno tener la morada eterna entre los demonios y los espíritus malditos? ¿Es bueno ser desterrado de la corte celestial, y estar separados para siempre de la gloriosa presencia de Dios, de los dulces goces de Cristo y la comunión bienaventurada con los ángeles y los santos? Definitivamente no. ¿Por qué los hombres no evitan todo esto si el arrepentimiento fuera una cosa tan fácil?

e. Por último, si el arrepentimiento fuera algo tan fácil de conseguir, entonces ¿Por qué sus corazones se levantan en contra de la doctrina del arrepentimiento y contra los que predicán de ello? De todas las palabras bíblicas, ¿no es la palabra “arrepentimiento” la más difícil de leer?: “Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? (Jn. 6:60). Y de todos los sermones, ¿no es la predicación sobre el verdadero arrepentimiento una de las más difíciles de escuchar y soportar?

Lutero, el reformador, confesó que antes de su conversión, la palabra más desagradable en todas las Escrituras y en sus estudios teológicos, fue “arrepentimiento”. Amigos, si el arrepentimiento fuera tan fácil ¿por qué tu espíritu rabia? ¿Por qué te levantas contra los que predicán el arrepentimiento para vida? De todos los predicadores no hay ninguno que te cause tanta rabia y desprecio como aquellos que todavía claman: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 3:2).

El arrepentimiento es el vómito del alma, por eso nuestros corazones se ofenden contra los que predicán de ello. Algunos de ustedes aman a los que predicán cosas agradables, cosas

que hacen cosquillas a sus oídos, aunque nunca toquen sus corazones. Algunos aman a los que predicán fantasías, aunque nunca se metan con sus conciencias. Algunos prefieren oír miles de sermones de misericordia, que uno sólo sobre el arrepentimiento: *“Porque este pueblo es rebelde, hijos mentirosos, hijos que no quisieron oír la ley de Jehová; que dicen a los videntes: No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras”* (Is. 30:9-10). *“Cosa espantosa y fea es hecha en la tierra; los profetas profetizaron mentiras, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos; y mi pueblo así lo quiso, ¿Qué, pues, haréis cuando llegue el fin?”* (Jer. 5:30-31).

De los muchos predicadores lisonjeros en nuestro tiempo, que siempre hablan lo que agrada al oído de impíos que se creen salvos, pudiéramos decir también: *“Falsamente profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, ni les mandé, ni les hablé; visión mentirosa, adivinación, vanidad y engaño de su corazón os profetizan”* (Jer. 14:14). Aunque estos profetas falsos hablen sobre el arrepentimiento, nunca lo harán como la Biblia lo enseña. Si el arrepentimiento fuera algo tan fácil, esta doctrina sería más agradable para usted.

Ese demonio de luz que ahora te presenta el arrepentimiento como la cosa más fácil de lograr en el momento que tú desees, en tus últimos minutos de vida, te llevará a la desesperación al presentártelo como la cosa más difícil y dura de conseguir, como algo imposible de alcanzar.

¡Oh! Que estas verdades enseñadas sean de bendición para tu vida, librándote de ser engañado con la presunción de que el arrepentimiento es algo fácil de conseguir.

Ahora, en cuánto a aquellos que postergan el arrepentimiento, porque creen que habrá más tiempo para hacerlo, la Palabra de Dios tiene algunas cosas que decirles:

Es algo muy peligroso prolongar la deuda con Dios, quien es nuestro acreedor, pues, si lo aplazas una semana, lo aplazarás muchas semanas, meses y años; pero lo que no sabes es que provocarás al acreedor para que te eche en la cárcel eterna, donde serás tratado severamente por Dios: *“Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío, y mi reprensión no quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis”* (Prov:24-26).

Los ejércitos no acostumbran a recibir ancianos en sus filas, y ¿piensas tú, oh hombre vano, que después de haber perdido el tiempo, de gastar tú fuerza y ahogar tu espíritu en la obra de Satanás, y en el servicio a la lujuria, Dios te recibirá en Su gracia y favor? No te hagas ilusiones, pues, solo se da un caso entre diez mil. Aunque para el verdadero arrepentimiento nunca es demasiado tarde, si aún tenemos aliento de vida, el arrepentimiento de última hora rara vez es verdadero.

Millones de personas se encuentran ahora en el infierno, los cuales pensaron y resolvieron arrepentirse más adelante, pero ese día y ese arrepentimiento nunca llegó.

Usted dice: “Mañana, mañana me arrepentiré”, cuando no sabes lo que el mañana traerá. ¡Cuántas miles de maneras tiene la muerte para sorprender a los vivientes! Aunque sólo hay una forma de entrar a este mundo, sin embargo, hay miles de maneras para ser enviados fuera del mundo: enfermedades, riesgos, peligros, accidentes; la muerte diariamente ronda la vida de los hombres.

Un rabino judío, al impulsar la práctica del arrepentimiento entre sus discípulos, los animó a que estuvieran seguros de arrepentirse un día antes de morir, a lo que uno de ellos respondió: “pero el día de la muerte es muy incierto”; entonces el rabino replicó “por lo tanto, arrepentíos todos los días de vuestra vida y así estarán seguros de arrepentirse un día antes de morir”.

Niños y jóvenes, es algo muy peligroso aplazar el arrepentimiento para más adelante, pues, entre más pase el tiempo, tu pecado crecerá, tu orgullo se aumentará, tu incredulidad abarcará toda el alma, tú voluntad será más corrompida, tú juicio será más perverso, tu conciencia estará más embotada, tus emociones serán más desordenadas, toda tú vida será más corrupta y depravada; y luego será más difícil proceder al arrepentimiento.

Aunque los ancianos también pueden proceder al verdadero arrepentimiento, no te engañes. Pues, la vejez no es más que una triste playa, una base tambaleante sobre la cual es difícil construir un puerto seguro. La vejez se caracteriza por las manos temblorosas, los ojos ciegos, los pulmones jadeantes, el corazón desmayado, las rodillas débiles y la mente oscura: ¿Crees que éste es el sacrificio digno que puedes dar al Dios majestuoso? ¿Crees

que un cuerpo lleno de llagas, dolores, enfermedades, y un alma invadida de pecados es una ofrenda digna para un Dios majestuoso?

Aunque algunos ancianos conocieron del Señor en su vejez, y ellos podrán entregar sus vidas a Cristo, e incluso podrán servirle con amor; si tú escuchas el mensaje del arrepentimiento en tu juventud, no olvides que ésta sería una gran maldad: servir a Satanás, a tus concupiscencias y al mundo entregándole lo mejor de tu mesa, para luego darle las sobras a Dios, es decir, servir a Satanás en la primavera de tus días y darle a Dios la escoria de tu vejez.

No nos engañemos, el arrepentimiento es mayormente una obra en la juventud que en la vejez. Se trata de un trabajo que se hace en el lugar de la fuerza, que en el de la debilidad; es una obra para los tiempos de salud, y no para la enfermedad. No te dejes engañar por Satanás y por tu propio corazón, pensando que mañana tendrás un día más para arrepentirte, pues, cada día que pasa es un día menos para el arrepentimiento.

Tal es la vanidad de la mayoría de los hombres que en los días de su juventud, salud y fortaleza; cuando sus recuerdos son fuertes, sus mentes son rápidas y su razón madura; ellos malgastan el día de la gracia, los ofrecimientos de la misericordia divina y la influencia del Espíritu Santo. Y cuando llegan a la vejez, cuando su inteligencia ha decaído, cuando su alma está distraída, cuando sus sentidos casi no responden, cuando su mente está oscurecida, ¿piensan dar un salto al cielo y alcanzar a Dios? Aunque han vivido como demonios, ¿tienen la esperanza de morir como santos?, y aunque nunca se interesaron por Dios ¿esperan que el Señor se haga cargo de sus almas? Lo más probable es que cuando el hilo de su vida haya sido cortado, la siguiente noticia que oiremos de ellos es que están sufriendo los terrores del infierno.

Ten cuidado en demorar tu arrepentimiento, porque cuanto más se demore, tu cuenta crecerá, mayor será tu deuda, Satanás se fortalecerá, tu cuerpo se debilitará, tú alma estará en peligro y se multiplicarán las dificultades para tu conversión. Al retrasar tu arrepentimiento gratificarás a Satanás, te engañas a ti mismo, pierdes las oportunidades que te da la gracia y maldita será tu alma para siempre. En conclusión, recuerda esto: Si no te arrepientes hoy, Dios puede mañana jurar en su ira que no entrarás en su reposo.

2. En segundo lugar, si queremos buscar la santidad, evitemos ser embrujados por el mundo. El mundo, con frecuencia, hincha nuestro corazón de orgullo, hace que los hombres se olviden de Dios, abandonen a Cristo, desobedezcan las santas ordenanzas y desprecien la santidad: *“Pero engordó Jesurún, y tiró coces (engordaste, te cubriste de grasa); entonces abandonó al Dios que lo hizo, y menospreció la roca de su salvación”* (Deut. 32:15).

El atractivo del mundo hace que las personas gasten el tiempo, sus pensamientos, sus fuerzas y sus energías; ellos se consumen en el mundo, mientras sus almas sangran y la eternidad se apresura sobre ellos. El que ama al mundo es estéril, árido y apático a todo lo que es santo.

Muchas personas están tan hechizadas con los beneficios, los placeres y los honores del mundo que no les importa la santidad, no se preocupan por ella, ni buscan los medios que le conducen a ella: *“Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal”* (Fil. 3:18-19). ¿Quiénes son aquellos que andan desordenadamente? Pues, los que son afines con las cosas terrenales. ¿Quiénes son aquellos que hicieron llorar a los apóstoles? ¿Quiénes son los enemigos de la cruz de Cristo? ¿Para quién es su fin la destrucción? ¿Quiénes tienen a la vergüenza como su gloria? Pues, los que aman las cosas de este mundo.

El mundo ofrece cabestros de seda a algunos y grillos de oro a otros. Todas las flores que el mundo ofrece están rodeadas de zarzas y espinos. El mundo es todo sombras y vanidad, es como la calabaza de Jonás, bajo cuya sombra se puede reposar por un corto tiempo, pero luego se desintegra y muere. Todas las alegrías, goces y placeres que el mundo da, pasan; y luego vienen sus miserias y penas. Muy bien dijo el sabio: *“Vanidad de vanidades... todo es vanidad”* (Ecl. 12:8).

Si sus corazones no están llenos de santidad, entonces, estarán saciados con el mundo, la carne y el diablo. O la santidad te posee o lo hará Satanás.

Hay algunos que tienen mucha santidad y grandes riquezas del mundo, como Abraham, Isaac, Jacob, José, Job, David, Ezequías, Daniel, entre otros.

Y hay otros que no tienen la santidad, y tampoco tienen nada en este mundo. Ellos vivirán los sufrimientos de la miseria en este planeta, y el infierno en la eternidad.

Algunos tienen grandes riquezas y logros en el mundo, pero no tienen ni una chispa de santidad. Ellos son como Saúl, Amán, Herodes, etc.; los cuales tenían un mundo de riquezas, pero ni un solo grano de santidad.

Y otros tienen una gran santidad, pero muy poco o nada de las riquezas del mundo, como los apóstoles y Lázaro. *“¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?”* (Stg. 2:5).

¿No es infinitamente mejor tener la santidad sin el mundo, y así ser feliz para siempre, que tener gran parte de este mundo sin la santidad, y ser condenado para siempre?

Un hombre hechizado por el mundo perderá muchas oportunidades preciosas de la gracia, las cuales son de mayor y perdurable valor que las riquezas o glorias terrenas. Félix no tuvo tiempo para escuchar a Pablo, aunque su alma se hubiese salvado al oír un solo sermón (Hch. 24:24).

Un hombre hechizado con el mundo tiene tiempo para sus pecados, para comer, para dormir, para negociar, para los banquetes, para el cine, para la televisión, para los deportes, para el internet, para el Facebook, etc.; pero no tiene tiempo para escuchar la predicación, ni para orar, ni para meditar en las Sagradas Escrituras, ni para lamentarse por sus pecados, ni para arrepentirse. El tendrá tiempo para todo, menos para glorificar al Señor y buscar su felicidad verdadera.

Un hombre hechizado por el mundo, cuando debe escoger, prefiere abandonar a Cristo con el fin de seguir los disfrutes terrenales. Él no abandonará al mundo con el fin de disfrutar a Cristo.

El joven rico que habló con el Señor prefirió una gota de agua antes que el mar completo, una migaja antes que la corona de gloria, un tesoro perecedero en la tierra antes que los tesoros eternos en los cielos: *“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos”* (Mt. 19:23).

El joven rico no estuvo dispuesto a dejar las cosas terrenas, que no podría conservar para siempre, pero perdió lo que nunca debió perder: el disfrute eterno de los cielos. El prefirió sus posesiones y placeres, dejando ir a Dios, dejando ir a Cristo, dejando ir al cielo, dejando que se fuera todo lo bueno y necesario para la verdadera felicidad.

Una persona hechizada por el mundo prefiere las cosas más insignificantes y despreciables, antes que al Señor Jesucristo. Esa persona es como los gadarenos, que prefirieron a los cerdos antes que al Salvador (Mt. 8:28). Ellos prefirieron perder a Cristo, para conservar a sus cerdos. Prefirieron que el demonio poseyera sus almas, antes que permitir a Cristo echar a perder sus cerdos. Prefirieron a sus cerdos antes que a su salvación.

Cuando el alma es atraída por el mundo, se es capaz de hacer la petición más condenatoria del universo: *“Y toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaron que se fuera de sus contornos”* (Mt. 8:34).

Una persona hechizada con el mundo preferirá a un Barrabás que a Cristo, con Judas traicionará al Señor, con Pilatos condenará al Salvador y con los fariseos gritará: *“¡Crucifícale! ¡Crucifícale!”*. Ellos preferirán dejar vivo a Barrabás, a cambio de la muerte de Jesús.

Un hombre hechizado con el mundo no sacará provecho alguno de la predicación bíblica, antes, su preferencia son las predicaciones que lo motivan a amar las cosas mundanas, la música que mueve sus emociones o los cultos centrados en el disfrute carnal (Ez. 33:31-32).

En el campo del corazón que ama a este mundo, no crecerá nada santo. Un corazón lleno con el amor, las ganancias, los placeres, los honores y las preocupaciones del mundo; es un corazón incapacitado para recibir cualquier bendición divina. Es un corazón cerrado contra Dios y la santidad, es un corazón poseído por muchos demonios, por lo tanto, no es de extrañar si este corazón desprecia el panal de la santidad.

Una persona hechizada por el mundo se aventura a perder su alma, a cambio del temporal disfrute que ofrece el sistema mundano: *“Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”* (Mt. 16:26). Hubo un tiempo en el cual los cristianos odiaban a los turcos porque ellos vendían a los cristianos como esclavos, pero, ¿cuántos hay

entre nosotros, que llamándose cristianos, se venden a sí mismos y a sus propias almas para ser esclavos de Satanás, a cambio de unas cuantas monedas de placer?

Los rubenitas prefirieron vivir en una tierra que era ideal para alimentar sus ganados, aunque estuviera muy lejos del templo de Jerusalén, donde podrían alimentar sus almas. Eso mismo sucede con todos los que están embrujados por el mundo. Ellos prefieren sus placeres mundanos y sus goces carnales antes que la Canaán celestial, antes que la belleza de la santidad, y antes que el templo de la santidad de Dios, donde sus almas pueden ser saciadas y satisfechas con la alegría más deslumbrante, y los placeres más trascendentes que se encuentran a la diestra de Dios.

Si usted quiere obtener la verdadera santidad, entonces, preste atención y evite ser embrujado por este mundo. Compare los goces temporales de las cosas mundanas, con la pérdida y la condenación eterna que se recibirá; o compare las pérdidas insignificantes de esta tierra, con la gloria y felicidad eterna de vivir en el templo de Dios.

3. En tercer lugar, si desea crecer en santidad, evite compararse con los que son, supuestamente, peores que usted. Hay muchos que al compararse con los que están mal, muy mal, se creen buenos, muy buenos como para ir al infierno.

Recordemos al orgulloso fariseo en Lucas 18, quien se creía un hombre mucho mejor que el pobre publicano, sin embargo, este religioso no tenía ni la mitad de la honestidad, justicia o bondad del pecador arrepentido.

El pobre publicano estaba tan avergonzado de sí mismo que él se aborrecía, él se humilló y él se juzgó. Pero él reconoció a Dios, adoró a Dios, temió a Dios, admiró a Dios, y él justificó a Dios; en todo lo cual superó al fariseo orgulloso. Y sin embargo, ¡Con cuánto desprecio lo mira el orgulloso fariseo! ¡Con cuánto desdén habla de él! Este fue el marco general y el carácter de los escribas y fariseos. Ellos creían que nadie era tan bueno como ellos. Ellos pensaban que eran lo mejor de lo mejor, cuando en realidad eran lo peor de lo peor; pues, los publicanos y las ramerías creyeron y se arrepintieron, los cuales entraron al reino de Dios antes que los fariseos y escribas (Mt. 21:31-32).

Evitemos comparar nuestra santidad con el carácter de los que aparentemente son más débiles, porque ésta es la marca de la falsa santidad; esto no nos llevará a ser más santos, ni nos conducirá al cielo.

Los que se engañan a sí mismos, pensando que son mejores que los demás, se bendecirán a sí mismos y dirán que ellos no se embriagan como Nabal, ni son inmundos como los sodomitas, ni altivos como Amán, ni lujuriosos como Amón, ni traidores como Judas; éstos se engañan a sí mismos y maldicen su propia alma al pensar que tienen la santidad suficiente, es decir, que no son tan malos como los peores; aunque estén infinitamente lejos de acercarse a los mejores.

Amigos, recuerden, que si no son tan grandes y horrorosos pecadores como otros, es posible que su infierno no será tan caliente como el de otros; pero sin santidad serás condenado como los demás. Sin santidad nunca verás a Dios en el cielo.

4. En cuarto lugar, evita a los aduladores espirituales. ¡Cuán santas hubieran sido algunas personas, si no hubieran vendido sus oídos a los aduladores! Los lisonjeros espirituales son asesinos del alma; son como los médicos incompetentes que tratan las enfermedades superficialmente y matan al paciente.

La adulación es la madre de la locura y el vivero de toda impiedad. Los aduladores dirán que los hombres piadosos no son más que supersticiosos, que los hombres sabios no son más que tontos e ignorantes, que los hombres virtuosos en realidad son malos, que los hombres santos no son en realidad mejores que cualquier otro civil y que los hombres felices son en realidad miserables.

Los aduladores espirituales se atreven a llamar felices a los soberbios y bendicen a quienes Dios ha maldecido. Ellos se atreven a llamar a lo bueno, malo; y a lo malo, bueno; se atreven a decir que una persona tiene la gracia de Dios, cuando no tiene ninguna; se atreven a afirmar que tal persona es salva, cuando en realidad vive como los que van a la condenación eterna; se atreven a decir que los nombres de algunas personas están inscritos en el cielo y que ellos han sido elegidos por gracia, aunque con su vida manifiestan que están vacíos de toda gracia.

Cuántas personas se han mantenido fuera de los pensamientos y los caminos de la santidad, lejos del amor a la santidad, por los halagos de los aduladores quienes afirman que ellos están bajo el favor de Dios, que Dios no los condenará, que sus corazones son tan buenos como los mejores, que su condición espiritual es excelente y que serán eternamente felices. Ellos están tan seguros de su felicidad que se aventuran a ir al infierno. Ellos empeñan sus almas y su salvación, confiados en los halagos de los aduladores espirituales, lo cual les conduce a no buscar la santidad.

La adulación es el dulce veneno que ha destruido a muchas almas: “*La boca lisonjera hace resbalar*” (Prov. 26:28). La palabra usada en hebreo significa: derribar, hacer que una persona caiga en la destrucción, conducir a una persona a la ruina. Esto es lo que hacen los lisonjeros espirituales.

Un adulador no sólo arruina el nombre, la fama, los bienes, la vida, el cuerpo y el alma; sino que arruina al hombre temporal y eternamente. Ellos hacen que el hombre sea miserable en este mundo y en el venidero.

Los aduladores espirituales hacen más daño que la espada, pues, éstas pueden destruir los cuerpos de los hombres, pero la lengua de los aduladores destruye sus almas.

El mundo evangélico de nuestra época está lleno de aduladores espirituales, incluso, algunos ocupan los púlpitos de las iglesias, la radio, la televisión y el internet. Estos aduladores son los mayores estafadores del alma. Ellos se atreven a llamar al vicio, virtud; a la codicia, prosperidad material; al libertinaje, prodigalidad; al desenfreno, una debilidad de la juventud; a las pasiones, entusiasmo; a la venganza, coraje; etc.

Los aduladores espirituales se atreven a llamar a los grandes pecados, pecados menores. Ellos recubren de oro sus píldoras venenosas, ponen el más bello guante sobre la más sucia mano, recubren del más fino maquillaje la cara manchada y visten de costosas túnicas los cuerpos llagados. Con estos artilugios llevan a muchos a la ruina total.

Dice el libro de los Proverbios: “*El hombre que lisonjea a su prójimo, red tiende delante de sus pasos*” (29:5). La palabra hebrea que aquí se traduce como lisonjero o adulador significa: blando, una voz de mantequilla, suave; porque los aduladores, para engañar con mayor eficacia, ponen aceite en su lengua y mantequilla en sus labios para que sus

discursos y predicaciones sean suaves, entrando con facilidad en las mentes de los hombres y así los conducen a la destrucción.

Los aduladores espirituales tienden sus redes de seda para atrapar y enredar a las pobres almas en la ruina eterna.

Así como los cazadores esparcen maíz para atrapar a las aves en sus redes, los aduladores espirituales extienden sus lisonjas y dulces palabras para capturar a las pobres almas, para aprovecharse de ellas o convertirlas en una presa con el fin de atrapar a otros.

Cuidémonos de los profetas, predicadores, maestros y personas aduladoras, pues, ningún provecho traen al alma: *“He aquí, dice Jehová, yo estoy contra los que profetizan sueños mentirosos, y los cuentan, y hacen errar a mi pueblo con sus mentiras y con sus lisonjas, y yo no los envié ni les mandé; y ningún provecho hicieron a este pueblo, dice Jehová”* (Jer. 23:32).

La adulación es la red invisible del diablo, y feliz es el alma que escapa de ella. El adulador es peor que el que mata usando la espada, pues, ésta es fácil de ver, temer y evitar; pero no así la red. De todos los asesinos del alma, el adulador es el más peligroso, es un peligro para las vidas, para las propiedades y para las almas de los hombres.

Un adulador espiritual es un asqueroso enemigo, vestido como amigo; es un lobo vestido de oveja; es un diablo transformado en un ángel de luz ¿Qué castigo podrá ser demasiado grande para el tal?

Los príncipes y emperadores paganos se cuidaron mucho de los aduladores, eran enemigos de los lisonjeros; pero es una cosa vergonzosa cuando muchos que se llaman cristianos desean ser halagados.

Si usted quiere ser santo, evite a los aduladores, aborrezca las lisonjas. Que el consejo de Salomón siempre esté delante de tus ojos y en tu corazón: *“No te entremetas, pues, [con] el que lisonjea con sus labios”* (Prov. 20:19 RV 2000).

Un hombre que ama su alma y que desea ser feliz en la eternidad debe huir de los aduladores espirituales como el que huye de un ladrón, una serpiente, un lobo, un león o un diablo.

Hasta que tus oídos se levanten contra toda clase de adulación, habrá pocas esperanzas de que alguna vez veas la santidad.

5. Evita pensar que el día de la muerte está lejano. Los hombres somos propensos a mirar la muerte como algo lejano. Nos sucede como al pueblo de Israel: *“Hijo de hombre, he aquí que los de la casa de Israel dicen: La visión que éste ve es para de aquí a muchos días, para lejanos tiempos profetiza éste”* (Ez. 12:27). También nos sucede como al hombre rico e insensato del evangelio, el cual pensaba que contaba con muchos años de vida, cuando sólo le quedaban unas cuantas horas.

Nos da terror pensar en nuestra muerte, y casi nunca hablamos del tema, incluso, hablar de la muerte frente a alguien gravemente enfermo se vería como algo indeseable. Hablar de la muerte causa terror en muchas personas; Saúl lo experimentó cuando supo que pronto moriría: *“Entonces Saúl cayó en tierra cuán grande era, y tuvo gran temor por las palabra de Samuel”* (1 Sam. 28:20).

El hombre, naturalmente, es un gran amante de la vida; y dará todo lo que sea necesario con el fin de mantenerla. Pero un día, la muerte tocará su puerta y nada podrá detener el paso a la eternidad. Si nos mantenemos con la conciencia constante de la muerte, de que pronto partiremos a la eternidad, entonces, trabajaremos seriamente en desprendernos de nuestros pecados, en arrepentirnos diariamente y buscar la santidad.

Recuerda, el día de la muerte no está tan lejano como tú piensas: sólo un virus, sólo una enfermedad, un accidente automovilístico, un accidente aéreo, un objeto pesado que caiga sobre ti, y todo habrá acabado. Algunos jóvenes se han acostado saludables, tranquilos, llenos de cosas para hacer al siguiente día; pero se han despertado en la eternidad.

Cuánto bienestar trae a nuestra almas, así seamos niños o jóvenes, hablar de la proximidad de la muerte. Pensar en ella nos ayudará a romper con nuestros pecados y a buscar la santidad. Así como nadie se atrevería a robar un almacén lleno de policías, cuando tenemos a la muerte frente a nuestros ojos evitaremos el pecado. Sé que hay pecadores tan ciegos y entregados a la maldad que aún a las puertas del infierno continuarían practicando sus fechorías, pero pensar en la muerte nos podrá ayudar a crecer en santidad.

No olvidemos estas tres verdades universales y seguras:

1. No hay nada más cierto que la muerte. Las palabras de Dios se seguirán cumpliendo en todo hombre, mientras estemos en este lado de la eternidad: *“Polvo eres y al polvo volverás”* (Gén. 3:19); *“¿Qué hombre vivirá y no verá la muerte? ¿Librará su vida del poder del Seol?”* (Sal. 89:48).

2. Así como la muerte es algo seguro, también es algo repentino. Ella llega en el momento menos esperado. La muerte llegó a Sodoma en el esplendor de su gloria. Lo mismo sucedió con Amán, Nabucodonosor, Belsasar, el rey Herodes o el rico insensato. Ellos murieron en el tiempo menos esperado, cuando pensaron que podrían disfrutar de sus grandes logros humanos.

Antes de pecar debes pensar en esto: la muerte puede llegar a ti mientras estás pecando. La muerte te puede sorprender mientras tus labios pronuncian una mentira, o mientras te emborrachas, o mientras calumnias a otro. La muerte te puede sorprender mientras cometes fornicación, maltratas a tu esposa o desobedeces a tus padres. Qué triste sería partir a la eternidad mientras estábamos pecando.

3. Aunque una persona llegue hasta la vejez, de todas maneras su vida es tan corta que el día de la muerte no se puede poner tan lejos. La vida del ser humano es muy corta, es como una sombra o un sueño que se desvanece cuando uno se despierta. La vida del hombre debiera contarse no por años, sino por días: *“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”* (Sal. 90:12); *“El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sin sabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece”* (Job 14:1-2).

Recordemos, nuestra vida es muy frágil. Cualquier cosa, así sea microscópica, puede ser la causa de nuestra muerte. Vivamos en este mundo siempre con la mirada puesta en el día de nuestra muerte, de esa manera evitaremos muchos pecados y buscaremos la santidad. La persona que frecuentemente mira a la tumba, también pensará en el cielo.

6. Ten cuidado de los predicadores impíos – de aquellos cuya vida desmiente su doctrina. Un predicador impío es el mayor destructor de las almas. El que predica bien pero vive mal, hace todo lo que puede para asesinar a sus oyentes.

No hay una barrera más grande para la santidad que las vidas impías de los ministros del evangelio. Una vida no santa estropea la más sólida y dulce doctrina. Los pecados de los maestros son los maestros de los pecados: “*Los guías de este pueblo lo han extraviado; los que se dejan guiar son confundidos*” (Is. 9:16 NVI).

Un ministro impío es la mayor plaga sobre un pueblo, pues, sus maldades tendrán la influencia más fuerte sobre las almas y las vidas de los hombres para hacerlos eternamente desgraciados. Su caída será la caída y ruina de muchos, pues, las personas son más propensas a seguir los ejemplos que los preceptos.

La mente de los feligreses estará más atenta a lo que el pastor hace, que a lo que dice; el ojo estará más atento a cómo camina, que a lo que enseña; por eso el apóstol Pablo exhortó a los pastores Timoteo y Tito a tener cuidado de la doctrina y de su vida práctica: “*Ten cuidado de tu conducta y de tu enseñanza. Persevera en todo ello, porque así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen*” (1 Tim. 4:16 NVI); “*Que los creyentes vean en ti un ejemplo a seguir en la manera de hablar, en la conducta, y en amor, fe y pureza*” (1 Tim. 4:12 NVI); “*Presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad*” (Tit. 2:7).

Hay predicadores tan excelentes, que es una lástima cuando tienen que bajarse del púlpito; pero, una vez se bajan de él viven tan mal y en tanta impiedad que nunca debieran subir a la plataforma de la predicación.

Es lamentable que alguien predique muy bien en el púlpito, pero viva tan mal en su casa; tiene mucho de Dios en sus bocas, pero mucho del diablo en sus vidas; tienen mucho del cielo en sus conversaciones, pero mucho del infierno en sus vidas; tienen mucha santidad en sus miradas, pero ninguna en sus corazones.

Las vidas impías de estos predicadores hacen que la gente aborrezca las cosas santas de Dios. El mal testimonio de los hijos de Elí causó el desprecio del pueblo hacia las cosas santas: “*Era, pues, muy grande delante de Jehová el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová*” (1 Sam. 2:17).

El mal testimonio de los predicadores suele plantear dudas en los corazones de los oyentes de si estas cosas que ellos predicán son verdaderas o no. Los oyentes estarán preparados

para decir: “Si estas cosas que el ministro dice son ciertas ¿por qué no practica lo que predica? ¿Por qué no lo hace tan bien como lo enseña?”

¿Con qué cara y confianza puede pararse en el púlpito para hablar en contra de lo que él aprueba y frecuenta en su vida? ¿Quién dará crédito a la doctrina de este hombre que tiene la voz de Jacob pero las manos de Esaú, el cual es un santo y un ángel en el púlpito, pero un pecador depravado y un diablo fuera de él?

Tengan a un ministro estudioso, pintoresco, elegante, entusiasta, juicioso, carismático; aunque sea un carnal, codicioso, mundano, vano, flojo en su vida y conversación; y verá cómo sus oyentes ridiculizarán su doctrina.

No hay nada en el mundo que sea más poderoso para engañar a los hombres corruptos y profanos, para endurecer, fortalecer y fomentar las diversas formas de maldad, que la liviandad de vida en un ministro. Los ministros del Señor en Israel fueron causa de tropiezo para muchos: “*Por cuanto entristecisteis con mentiras el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino, infundiéndole ánimo*” (Ez. 13:22). “*Más vosotros os habéis apartado del camino; habéis hecho tropezar a muchos en la ley; habéis corrompido el pacto de Leví, dice Jehová de los ejércitos*” (Mal. 2:8).

Cuando el predicador se aparta del camino de la santidad, la gente pronto tropieza en la ley de la santidad. Cuando los ministros son como estrellas errantes, no es de extrañar si sus oyentes se apartan de todo lo que es bueno. Aquel cuya vida no es una lucha constante contra el pecado, con su vida fomentará el camino de pecado en los que le conocen.

No hay nada que mantenga a los hombres tan fuera del amor hacia la santidad, de la búsqueda de la santidad, como las vidas impías de sus maestros. Los ministros cuyas vidas son impías, aunque tengan grandes habilidades y destrezas, son como un canal de piedra que transporta agua a un jardín, pero él mismo no se beneficia de ello. Son como un arpa que hace melodía para los demás, pero ellos mismos no la oyen. Son como aquellos carpinteros que construyeron el arca para salvar a otros, mientras ellos mismos se ahogaron. Estos ministros llevan luz a los demás, pero ellos mismos andan en tinieblas. Rescatan a los demás del devorador enemigo, pero ellos son devorados. Previenen a otros de la fosa, pero

ellos caen en ella. Dan buenos consejos a los demás, pero no toman uno para sí mismos. Estudian, predicán y tratan de traer a otros al cielo, mientras ellos mismos van rumbo al infierno.

El que en verdad está resuelto a ser un santo, nada tendrá que ver con estos ministros impíos.